

**Ana Velasco
Molpeceres**



HISTORIONES
DE LA
MODA



Ana Velasco Molpeceres

HISTORIONES
DE LA
MODA

Historiones de la moda

1.ª edición

geoPlaneta

Diagonal 662-664. 08034 Barcelona

geoplaneta@planeta.es - www.geoplaneta.com

© Editorial Planeta, S.A., 2025

© Textos: Ana Velasco Molpeceres, 2025

© Imágenes del interior: véase página 286.

Diseño e ilustración de cubierta: Sophie Guët

Diseño y maquetación de interior: Planeta

Realización: Planeta

ISBN: 978-84-08-30835-5

Depósito legal: B. 14.938-2025

Impresión y encuadernación: Gómez Aparicio

Printed in Spain - Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.

La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.



SUMARIO

<i>Presentación</i>	9
---------------------------	---

CAPÍTULO 1: ROPA DEL FRÍO

El manto del invierno

<i>Bomber</i> : ¿me recibes?, cambio y corto	14
Poncho: cobijo, mortaja y revolución	17
Mono: un manifiesto con cremallera	21
Gabán: el origen del abrigo	24
Macferlán: Ulster, Inverness y Francia	26
Trenca: tela belga, ropa polaca y un oso peruano	29
Parka o anorak: focas, peces y zorros polares	33
Gabardina: barro de trinchera y asfalto de ciudades	36
Impermeable: serendipia en el laboratorio	39
Abrigo <i>camel</i> : caballos, osos, borregos	42

CAPÍTULO 2: ROPA DEL CALOR

La tela justa

Bermudas: ni largas ni cortas ni todo lo contrario	46
Pareos: del Tahití de Gauguin a los <i>hippies</i> de Ibiza	49
Camisa hawaiana: ¿seguro que es de Hawái?	53
Bikini: átomos y cabarés	57
Guayabera: de China a América	61
Caftán: ríos, membrillos y rusos	64
<i>Tank top</i> : sin mangas, con piscina	69
Sahariana: safaris con estilo	72
Zaragüelles o <i>sarouel</i> : bailes, caballos y cabras	74
Saris: ligeros pero llenos de significado	79

CAPÍTULO 3: ROPA DE VESTIR

En el armario

Blusa: mangas, campesinos y la emperatriz	84
Minifalda: biografía de un escándalo	88
Vaquero: azul de Génova, tela de Nimes, oro de América	93
Bragas/calzones: soldados, jinetes y boxeadores	95
Sujetador: Hera, Afrodita y Catalina de Médici	100
Camisetas: Marlon Brando y el vicio en Miami	104
<i>Blazer</i> : remar entre la niebla	110

Chándal: estar en el ajo	113
Traje sastre: Coco Chanel (no) está contenta	118
Chaleco: el rey que marcó silueta	122

CAPÍTULO 4: ROPA VIEJA

Pasado de moda

Quitón: mujeres furiosas y lino	128
Sago: la guerra y la paz	131
Saya: bosques, vascos y españoles	134
Kimono: grullas, flores de cerezo y volcanes	138
<i>Cheongsam</i> : chinos, banderas y <i>flappers</i>	141
<i>Kepenek</i> : pastores, sol de Anatolia y acordes del <i>saz</i>	146
<i>Hennin</i> : las princesas de cejas afeitadas	148
<i>Kilt</i> : romanos y caledonios	151
<i>Stola</i> : matronas y ministros	155
Toga: el misterio del brazo romano	159

CAPÍTULO 5: SOMBREROS

A la manera de Alicia y el sombrerero loco

Boinas: de Roma a Cuba, del campo a la revolución	164
Chistera: castores, peregrinos y dinero	167
<i>Fedora</i> : más que una película de Billy Wilder	170
Panamá: el jipijapa de Teddy Roosevelt	172
Gorra de béisbol: los bravos tigres	175
Turbante: el secreto azul	178
Mitra: romanos y romanos	181
<i>Cloche</i> : campanas de libertad	184
Bicornio: Felipe II y Napoleón	186
Salacot: Tintín en el Congo y Melania Trump	188

CAPÍTULO 6: ZAPATOS

Vestirse por los pies

Chanclas: calzando a Tutankamón	192
Náuticos: la huella canina	194
Botas de lluvia: Wellington y Katiuska	198
<i>Mary Janes</i> y merceditas: de niña a mujer (sofisticada)	200
Mocasines: indios y mastines	203
Chapines: tap en Castilla, tap en Venecia	207
Zuecos: entre cajas y barro	209
Bailarinas: Manolete y Audrey Hepburn	212

Babuchas: dos gacelas silenciosas	216
<i>Oxford</i> : campesinos y tierra húmeda	218

CAPÍTULO 7: ACCESORIOS

La grandeza de lo superfluo

Medias: muslos, paracaídas y mujeres	222
Corbata: un nudo en el corazón	225
Reloj de pulsera: Josefina Bonaparte y los aviones	228
Chal: Frida Kahlo en Cachemira	231
Guantes de ópera: el becerro perfumado	234
Abanico: ventales de oro y <i>made in China</i>	236
Paraguas: nubes y claros, sedas y ceras	239
Pajarita: Frank Sinatra canta a Luis XIV.....	242
Manguito: Anna Karenina y Paul Poiret	244
Lúnula y <i>bull</i> : collares para los niños	247

CAPÍTULO 8: ROPA DE CASA

Bellas historias cotidianas

Albornoz: lanas, caballos y baños	250
Toalla: un extraterrestre en Pompeya	253
Bata: la carga de la Compañía Holandesa de las Indias Orientales ..	257
Camisón: las piernas del señor Scrooge	261
Pijama: dormir con Barba Azul	265
Pantuflo: la tabaquera de Sherlock Holmes	268
Delantal: esclavos y esclavas	271
Babero: Rousseau y Dickens	275
Toquilla: niños, mentirosas y viudas	279
Esmoquin: y, mientras fumo, la vida yo perfume	282
<i>Crédito de las imágenes</i>	286
<i>La autora</i>	287

BOMBER: ¿ME RECIBES?, CAMBIO Y CORTO

La chaqueta *bomber* nació en un avión. O, más exactamente, dentro de una cabina militar. La cazadora más copiada de la moda contemporánea fue, durante décadas, parte del uniforme oficial de los soldados del aire. Todo empezó en la Primera Guerra Mundial. Las cabinas de los aviones eran abiertas y la altitud no perdonaba. Las bajas temperaturas obligaban a llevar prendas gruesas, pero los grandes abrigos de lana resultaban incómodos para volar: abultaban, estorbaban, y no permitían moverse con soltura entre pedales, palancas y miras telescópicas. En 1917, el U.S. Army Signal Corps —entonces encargado de la aviación militar estadounidense— creó una línea de chaquetas específicas para sus pilotos. Cortas, resistentes y forradas con piel de borrego, fueron las primeras *flight jackets* o chaquetas de vuelo.

Pero antes de la *bomber* ya había cazadoras. Raras, primitivas, pero con vocación parecida. A comienzos del siglo xx, Levi's lanzó una prenda para camioneros: la 506, también llamada Trucker Jacket Type. Se parecía más a una camisa gruesa que a una chaqueta. No abrigaba, pero sí resistía. Y completaba el uniforme de los trabajadores del oeste, los cuidadores de ganado y los mineros del tren, que ya usaban los célebres Levi's 501. La cazadora vaquera era una prenda dura para gente dura.

Y, previamente, en Europa, existía la chupa. No la que hoy se asocia a la cazadora de cuero, sino una prenda del siglo xviii: un híbrido entre chaleco y chaqueta corta que se llevaba sobre la camisa y bajo la casaca. Era propia de cortesanos, no de trabajadores, y más estética que el abrigo. Pero en ella ya residía la idea de la *bomber*: quitar los faldones, dejar el

torso cubierto, permitir la actividad física. Sus formas se idearon para moverse rápido: mangas amplias, cuello mínimo.

En 1926, Leslie Irvin, un paracaidista británico, diseñó la prenda que se convertiría en estándar de la RAF durante la Segunda Guerra Mundial: la B-3. Era pesada, con grueso forro de lana, sin cintura ni puños elásticos. Abrigaba como una manta y funcionaba como una armadura térmica. Irvin abrió su propia fábrica, y aunque la demanda fue tal que hubo que subcontratar a otros fabricantes, su nombre quedó ligado para siempre a la chaqueta de vuelo. Al otro lado del Atlántico, el ejército estadounidense desarrollaba sus propios modelos. En 1931 lanzó la A-2, una cazadora de cuero marrón, más ligera que la B-3, con puños y cintura ajustados. Se convirtió en un emblema. Durante la Segunda Guerra Mundial, se permitió a los pilotos personalizarlas: se decoraban con insignias, logotipos de escuadrón, apodos e incluso *pin-ups* pintadas a mano.

Pero fue después de la contienda, en plena Guerra Fría, cuando nació la MA-1, el modelo que lo cambiaría todo. Apareció en los años cincuenta, adaptada a las nuevas necesidades de la aviación a reacción. Los cazas de la era del *jet* volaban más alto, más rápido y en cabinas cerradas. El cuero ya no era práctico: pesaba demasiado y se endurecía con la humedad. Se sustituyó por nailon, más ligero, flexible e ignífugo. El relleno pasó a ser de poliéster. El color original fue el



★★
U.S. Regulation FLYING JACKETS
★

Materials: same as those specified and supplied to U. S. Army Air Corps Flyers. Made of pliable brown Horsehide Leather. Leather collar and shoulder epaulets. Double knitted hip-band and cuffs. Concealed heavy-duty zipper and flap pocket fasteners. Durable lining. Sizes 36 to 46 chest measure. Specify height and weight when ordering.

\$9⁹⁸

Include money order or check with order plus 45c for handling.

Write for Our Latest Flying Suit Leaflet No. 11

AERO LEATHER CLOTHING CO.
79 FERRY ST., BEACON, N. Y.
CONTRACTORS TO THE U. S. ARMY AIR CORPS AND U. S. NAVY

La *bomber* una prenda siempre relacionada con el mundo de la aviación.

verde militar, pero en su interior escondía un detalle práctico y crucial: un forro reversible naranja, ideado para facilitar el rescate de pilotos en caso de accidente. Bastaba con darle la vuelta y hacerse visible entre la maleza o en la nieve.

La *bomber* MA-1 se convirtió en prenda oficial de la USAF en 1959. La llevaba el personal de vuelo, pero también los técnicos de mantenimiento. Su funcionalidad era tan evidente que pronto se exportó a otras fuerzas aéreas. La versión más extendida fue la Alpha Industries MA-1, fabricada desde 1963 por encargo del Pentágono. Alpha se convirtió en el principal proveedor de *bombers* para el ejército estadounidense. Y lo fue durante décadas.

La moda llegó después. En los años ochenta, la cazadora *bomber* dio el salto a la calle. Empezó a aparecer en subculturas urbanas: *skinheads* británicos, *punks* alemanes, grafiteiros del Bronx. En muchos casos, la llevaban al revés, con el forro naranja a la vista, como forma de provocación o señal de identidad. No era casual: se asociaba con grupos radicales, movimientos contraculturales y también con pandillas. En países como Francia o Alemania, la MA-1 fue adoptada por ultraderechistas y anarquistas por igual. La chaqueta decía muchas cosas sin abrir la boca.

Y luego vino el cine. En 1986, *Top Gun* convirtió a Tom Cruise en el embajador global de la *bomber* de cuero A-2. Pero por entonces la de nailon ya era omnipresente. En las calles de Nueva York, el rap y el hiphop la pusieron de moda. En Japón, se convirtió en objeto de culto. Y en Europa, marcas como Schott NYC, famosa por su cazadora Perfecto de cuero, y sobre todo Alpha Industries, fabricante oficial de la MA-1 para el ejército de Estados Unidos desde los años sesenta, empezó a distribuir la *bomber* al mercado civil europeo a partir de los ochenta, primero en tiendas militares (*surplus stores*) y luego en *boutiques* de moda. Era la prenda fetiche de los ado-

lescentes y los clubes de *techno* del Berlín posreunificación. Las *raves* ilegales en edificios abandonados y el nacimiento de clubes como Tresor, en el sótano de unos grandes almacenes abandonados de Berlín-Mitte, o el E-Werk, en una antigua central eléctrica, provocaron que las *bomber* encontraran un nuevo escenario para su historia: la pista de baile.

PONCHO: COBIJO, MORTAJA Y REVOLUCIÓN

Nadie inventó el poncho. O, al menos, no hay un solo responsable, ni una única fecha. Es tan antiguo como la necesidad de protegerse del frío, tan práctico que sobrevivió a siglos de guerra, colonización, mestizaje y olvido. Su diseño —una sola pieza de tela con un agujero en el centro para pasar la cabeza— es de una simplicidad casi primitiva. Es una manta sin mangas que se arroja por encima de los hombros y abriga el cuerpo con eficacia. El poncho no nació para gustar, nació para durar. Pero, como ocurre con los objetos esenciales, esa aparente sencillez esconde una historia política, estética y social.

Su cuna fue el altiplano andino. Las civilizaciones precolombinas, especialmente los pueblos quechuas y aimaras, ya lo utilizaban siglos antes de la llegada de los españoles. Era más que ropa: el poncho indicaba origen, región, incluso estatus social. Los tejidos hablaban. A través del color, la técnica de urdimbre y los dibujos geométricos, los indígenas comunicaban una cosmovisión entera. Algunos ponchos ceremoniales se tejían con lana de vicuña —más fina y abrigada que el cachemir actual— y solo podían llevarlos los nobles.

Hoy se asocia con América, con razón. Fue allí donde alcanzó su plenitud formal, encontró sus colores, sus lanas, su vocación ceremonial y su poder identitario. Pero su trazado más elemental —una prenda no anatómica, sin costuras, sin forma salvo la que impone el cuerpo— remite a una historia mucho más antigua: túnicas, mantos, capas y sábanas enrolladas fueron el pan de cada día del vestido desde Grecia hasta la Edad Media. En cierto modo, el poncho es una reliquia viva del ropaje premoderno.

Su nombre es un misterio con pasaporte múltiple. Se dice que podría proceder del mapudungún, la lengua de los mapuches; otros lo emparentan con el quechua. Algunos sugieren que los españoles lo tomaron prestado, quizá deformando alguna palabra indígena, o quizá imponiéndosela ellos mismos. Lo cierto es que ya aparece citado en 1530, en las crónicas de Alonso de Santa Cruz, apenas unos años después del primer contacto europeo con América del Sur. Y lo curioso es que la voz no pasó por traducción: ‘poncho’ es en inglés, en francés o en alemán.

Después de la conquista, el poncho no desapareció: se adaptó. Los españoles lo toleraron, quizá porque resultaba útil para los soldados y arrieros. Se tejía con lana de oveja, abrigaba bien y se podía usar a caballo. En las vastas pampas y altiplanos del Cono Sur, se convirtió en el uniforme de gauchos, peones y revolucionarios. América entera hizo del poncho su enseña. En México se conoce como jorongo, si es más largo, o quexquémitl, si tiene forma triangular. En Colombia y Venezuela se llama ruana; en Chile, chamanto. El poncho argentino, de paño grueso y con franjas geométricas, fue parte de la educación sentimental del gaucho. Y al sur del sur, entre los pueblos andinos y patagónicos, sigue siendo un símbolo de linaje, casi una insignia tribal.



Un gauchito argentino, orgulloso de su típica prenda, posa en una foto de la segunda mitad del siglo XIX.

En el siglo XIX, durante las guerras de independencia latinoamericanas, el poncho se volvió símbolo. Simón Bolívar, el Libertador, llegó a llevar uno. En Argentina, las tropas federales lo usaban de color rojo punzó. En Chile, Bernardo O'Higgins hizo del poncho una prenda casi oficial para los soldados libertarios. Y en México, versiones similares como el sarape circularon entre revolucionarios, jornaleros y campesinos.

El poncho fue también cosa de soldados, fuera de América Latina. En la guerra de Secesión estadounidense, a mediados del siglo XIX, el ejército lo adoptó por su utilidad extrema: abrigaba, impermeabilizaba y servía de saco de

dormir improvisado. Se fabricaban con gutapercha, una resina vegetal que, además de envolver cuerpos, recubría cables telegráficos submarinos. Pero si hay un nombre que ha quedado asociado al poncho en el Viejo Continente, ese es el de Giuseppe Garibaldi, el revolucionario italiano que, tras ser perseguido por su activismo político, se exilió en Uruguay y Brasil. Allí conoció el poncho y lo incorporó a su uniforme personal. Se conservan fotografías que lo muestran envuelto en una manta de franjas anchas, cruzada al pecho, casi idéntica

a la que, un siglo más tarde, luciría Chavela Vargas mientras cantaba *Luz de luna* y lo convertía en icono escénico.

En las trincheras de la Primera Guerra Mundial, y de nuevo en la Segunda, volvieron a aparecer, como capotes multifunción. Incluso los soldados alemanes los usaron, con modelos que podían convertirse en una especie de tienda de campaña personal. Algunos historiadores sostienen que los romanos ya llevaban algo parecido, una suerte de capa rectangular con capucha que podía proteger del viento del norte.

Durante el siglo xx, la prenda osciló entre lo rural y lo folklórico. En las décadas de 1960 y 1970, artistas como Mercedes Sosa, Víctor Jara o Violeta Parra lo vestían en sus conciertos: el poncho se transformó en emblema de identidad y resistencia. En plena Guerra Fría, cuando Chile vivía el experimento socialista de Salvador Allende, incluso algunos líderes extranjeros se fotografiaban con él como gesto simbólico. Richard Nixon lo detestaba; Fidel Castro, en cambio, lo entendía.

También el cine lo quiso. El poncho cruzó el Atlántico en carretes de celuloide y encontró en el desierto de Almería su hábitat más reconocible. Clint Eastwood lo llevaba sobre la camisa polvorienta en *Por un puñado de dólares* (1964), *La muerte tenía un precio* (1965) y *El bueno, el feo y el malo* (1966). Nunca se lo quitaba, ni siquiera para disparar. El poncho, en manos de Leone, dejó de ser un abrigo para convertirse en armadura.

Lo insólito fue lo que ocurrió después. El poncho cruzó el Atlántico. En los años setenta, diseñadores europeos como Yves Saint Laurent o Kenzo empezaron a inspirarse en él. Le siguieron Ralph Lauren, Donna Karan, Chloé o Missoni. Fue *boho*, fue étnico, fue *hipster*. Pero nunca dejó de ser andino. En 2015, el papa Francisco —el primer pontífice latinoamericano— visitó Bolivia y, en un acto público, re-

cibió un poncho indígena. Se lo puso sin dudar. No fue un gesto casual. Era la prenda que los conquistadores no lograron erradicar, la que sobrevivió a dictaduras, globalización y relecturas en clave de pasarela. Unos años antes, el presidente Evo Morales lo hizo su sello personal, reclamando una América Latina precolombina y una historia alternativa. No es solo un rectángulo con un agujero. Es una república textil que sigue en pie.

MONO: UN MANIFIESTO CON CREMALLERA

Pocas prendas pueden presumir de ser realmente modernas y de haber nacido en los laboratorios de la vanguardia artística, pasar por las trincheras y aterrizar en la pasarela. El mono sí. Porque no es solo ropa: es un manifiesto con cremallera. Hoy se ve en mecánicos, pilotos y esquiadores, y también en las calles y en las tiendas. Pero su origen es mucho más combativo y un pelín fascista.

Todo empieza en la Italia de entreguerras, donde el futurismo estaba en auge. Aquellos artistas, criados entre ruinas clásicas y maravillas barrocas, adoraban el acero, los motores y las formas aerodinámicas. Uno de ellos, Marinetti, sentenció a modo de resumen: «Un coche de carreras es más bello que la Victoria de Samotracia». No es extraño que decir «mono» evoque, pues, a la Fórmula 1. La belleza del pasado iba camino de la hoguera. El futuro, el ruido y la velocidad eran bienvenidos y marcaban la moda.

En ese contexto nace, en 1919, la TUTA, inventada por los hermanos Michahelles —más conocidos como Thayah



Mujeres, en la Segunda Guerra Mundial, con mono de trabajo.
Esta prenda se creó como ropa unisex.

y RAM—. Una sola pieza de ropa para toda la humanidad, para el hombre, la mujer, el niño y la niña. Porque sí, el mono fue, antes que nada, un proyecto social. Una utopía vestible. Lo publicaron incluso en *La Nazione*, para que cualquiera pudiera hacerse uno. «T» en las mangas, «U» del cuerpo, «A» de todo junto: arte, utilidad y diseño.

La idea no prendió de inmediato, pero la prenda sobrevivió. En inglés se llamó *overall*, porque iba encima de todo lo demás. Práctico para el trabajo, barato, sin pretensiones. Antes de su aparición, los trabajadores llevaban petos o delantales. Pero el mono se popularizó tras la Primera Guerra Mundial, y más aún durante la década de 1930, con las revoluciones y el avance de los derechos laborales, el mono se volvió símbolo del obrero. En la URSS, su carga simbólica fue enorme: una prenda nueva para el trabajador nuevo. Federico García Lorca, con su compañía teatral La Barraca, lo llevaba con orgullo.

Y entonces llegó la Segunda Guerra Mundial. Y con ella, los bombardeos. En Reino Unido, las sirenas antiaéreas obligaban a la población a salir corriendo en mitad de la noche. ¿Solución? Los trajes de sirena, monos rápidos de poner para no morir en pijama. Había versiones para hombre y mujer. También los usaron soldados, especialmente paracaidistas y aviadores, por su aerodinamismo y protección. En ese contexto, Winston Churchill popularizó todavía más la prenda. Aunque era de puro y traje, se hizo varios monos (uno de terciopelo) y los lució en reuniones con Roosevelt, Eisenhower o Stalin.

Tras la contienda, el mono fue adoptado en el deporte, pero en versión ajustada. En 1947, el italiano Emilio Pucci retomó su pasión por el esquí. Marqués, piloto, espía (salvó al conde Ciano y a la hija de Mussolini), ya había sido parte del equipo olímpico de 1932. Desde Suiza, exiliado por su vinculación con el fascismo, creó un mono de esquí porque pasaba frío. Pensaba, con razón, que una pieza enteriza, sin particiones ni rendijas por las que se colara el aire y la humedad sería una buena solución. El esquí era un deporte de élite y no tenía todavía ropa funcional, atrapado en las limitadas posibilidades de la lana, que era lo que se usaba contra el agua, y la pana o el paño. Sus monos gustaron a sus amigos: eran vistosos y ceñidos, haciendo posibles los serpenteantes movimientos propios de la nieve. El diseño era la clave: no se desplazaban, permitían la actividad y no tenían aberturas por las que entrara el aire. Además, frente a la lana gruesa clásica, usó tejidos elásticos y una paleta de colores vivos, que parecían ir contra todo lo establecido: los tradicionales copos de nieve y cenefas geométricas.

Una fotografía de *Harper's Bazaar*, en Zermatt, le hizo una foto y le encargó una colección. Aunque se hizo famoso por la ropa de nieve, en Estados Unidos triunfaron sus estampados

y ropa de verano. En 1949 fundó su casa de moda en Capri, empezando con trajes de baño, luego pañuelos de seda y vestidos inarrugables. Jackie Kennedy, en su etapa con Onassis, difundió sus diseños, motivo por el que la iconografía popular asocia Pucci a los estampados veraniegos. Sin embargo, su historia surgió de una prenda de invierno masculina para la nieve. Pero ¿de dónde nació la idea? Es muy posible que Pucci, vinculado al fascismo italiano, mirara atrás y recordara la TUTA futurista, el antiguo todo en uno para todos. Y que, con esa referencia, creara una de las pocas prendas completamente nuevas de la historia reciente. Porque todo mono tiene algo de utopía.

GABÁN: EL ORIGEN DEL ABRIGO

En *La vida de Lazarillo de Tormes y de sus fortunas y adversidades*, publicada en 1554, Lázaro, un niño pobre que narra cómo sirve a varios amos en un mundo dominado por la miseria, la hipocresía y la necesidad, cuenta que roba su gabán a un escudero al que sirve. Este es un hidalgo que vive de apariencias: presume de honor y dignidad, pero sufre hambre en silencio y no tiene ni con qué pagar la casa en la que vive o los servicios de Lázaro. Por ello, un día, roba su gabán, lo vende y con ese dinero huye. Un siglo después, era común entre campesinos. En la primera parte del *Quijote*, los criados de los yangüeses, unos arrieros asturianos, se quitan los gabanes antes de pelear con don Quijote y Sancho. Y este, en la segunda parte, explica a su señor que él no lo lleva porque «le hacía calor», confirmando que era una prenda de abrigo, habitual en los caminos.